

Y, sin embargo, lamentamos que, precisamente á causa de esas cualidades, estén sin «Gemüth». No les falta más que el olvido de sí mismas y el sacrificio. Piensan demasiado en ellas. Se consideran en demasía como el centro del círculo que las rodea. No necesitarían más que ser un poco menos susceptibles, ó, como ellas dicen, sentimentales, no subordinarlo todo á sí, é imitar á Aquel que vino, no hacerse servir, sino para servir Él mismo, y tendrían todo lo que pertenece al dominio del «Gemüth».

4. **Lo que es el *Gemüth*.**—En adelante, no será difícil comprender lo que es el «Gemüth». Si queréis aprender á conocerlo, buscadlo entre esos hombres dignos de veneración y de respeto, que han conservado bajo sus cabellos blancos como la nieve, bajo sus arrugas y achaques, la mirada brillante del niño, la belleza juvenil de la frente, el interés por todo lo que les rodea. Lo encontraréis en un anciano sacerdote, cuya más viva solicitud se ha dirigido siempre á los niños y á los enfermos; lo encontraréis en una religiosa que ha consagrado toda su vida á los sufrimientos de los pobres, en una madre que pasó por el yugo del matrimonio, por las pruebas del sacrificio y de la dulce abnegación; en los hombres que son capaces de olvidar sus propias miserias cuando ven sufrir á sus semejantes. El egoísmo es la muerte del «Gemüth». Todo lo que llamamos «ungemüthlich», tiene por base el egoísmo. Los razonamientos y las críticas importunas, la inclinación á creerse siempre mejor entendedor que los demás, á pronunciar la última palabra, á encontrar en todas partes algo que zaherir, todo esto es egoísmo, y por lo tanto «ungemüthlich». Es desagradable «ungemüthlich», sostener íntimas relaciones con personas á quienes es preciso hablar siempre de sus asuntos, pero que no se toman el más mínimo interés por los de los demás. Es desagradable «ungemüthlich», vivir con quien no puede olvidar que hayan omitido felicitarle su santo ó saludarle el primero, con alguien que sabe exactamente siempre quién le debe carta ó visita, ó que no hace más que hablar de sus trabajos, de sus sufri-

mientos, de sus esperanzas ó de sus buenos éxitos. Es desagradable, «ungemüthlich», el que un sujeto no sea afable más que con personas que se distinguen por su talento, nobleza, dinero ó hermosura; que uno sea la amabilidad personificada mientras podemos servirle, pero que un momento después cambie, si tenemos necesidad de sus servicios. Pero es agradable, «gemüthlich», tener relaciones con alguien que participa de nuestro parecer, que sabe ponerse en nuestro lugar, sentir con nosotros, sufrir con nosotros, tener paciencia con nosotros, estar alegre con nosotros, tener un corazón abierto para todo lo que sucede en bien ó en mal á los demás, un corazón siempre pronto á tratar á los otros como quiere ser tratado él mismo, un corazón que para los asuntos ajenos bate tan ardientemente como para los suyos propios: he aquí el «Gemüth.»

5. **Relaciones entre el carácter y el *Gemüth*.**—¡Ah, es sumamente grande y hermoso un carácter completo! Pero es un error funesto, y un error fundamental en los estoicos lo mismo que en los cínicos, y es y será siempre un grande error, buscar el hombre completo en el carácter, y juzgar el valor de un hombre, y su vida, exclusivamente por su carácter. Cada uno es para sí su primero y más próximo pariente; esto es justo. De ello resulta que cada cual debe pensar primeramente en perfeccionarse. Pero nadie vive exclusivamente para sí. ⁽¹⁾ Lo que cada uno posee lo ha recibido de Aquel de quien proviene todo don excelente, toda gracia perfecta. ⁽²⁾ Ahora bien, Dios comunica á cada uno la capacidad que le corresponde para la edificación de la totalidad de que el individuo es parte. ⁽³⁾ Recibiendo su parte de capacidades de la mano de Dios, cada cual se somete también á la obligación de hacerla fructificar, tanto para su utilidad propia como para la de los demás. Cada uno se pertenece primero á sí mismo, y después al mundo. En primer lugar, vienen los de-

(1) Rom., XIV, 7.

(2) Jac., I, 17.

(3) Cf. Ephes., IV, 16.

beres y derechos propios; á continuación los de la totalidad. Si uno no quiere trabajar, sino para sí mismo, con los talentos que ha recibido, ó los oculta sin hacerlos fructificar, no solamente se ha frustrado él mismo y ha frustrado al mundo el magnífico desenvolvimiento de lo que en él se había depositado, sino lo que aun es peor, ha cometido la falta de haber descuidado una obligación que debe cumplir para con Dios, y esta negligencia será lo que más tendrá que expiar en su carácter. La formación del carácter que no marcha al unísono con la del «Gemüth», debe forzosamente ser incompleta. Un carácter sin «Gemüth» es la peor de las estrecheces, aquélla de que uno mismo es objeto. Su consecuencia inevitable es la obstinación, y después el retroceso. No podemos representarnos exceptuado de egoísmo al hombre que hace alarde de su carácter sin «Gemüth». Esto es fácil de comprender. El egoísmo es precisamente quien le conduce á querer servirse de sus dones, ó más bien de los dones de Dios, para sí solo. Y el egoísmo se venga, haciendo que el carácter se contraiga y degenera en rigidez y pequeñez de corazón. Así como todo hombre sin conexión con el mundo, y sin sacrificio, vejeta en sí mismo, así el carácter más noble, sin vida afectiva, «Gemüthsleben», se enpequeñece. El carácter debe servir de base y guía al «Gemüth»; pero éste es necesario para que el carácter se amplifique, se ennoblezca y se suavice.

6. Obligación de formar el *Gemüth* en el hombre y en la mujer.—Por lo tanto, es un grande error el afirmar tan á menudo que el carácter es la cualidad que conviene al hombre, y el «Gemüth» la que conviene á la mujer. ¡Como si los dos, hombre y mujer, no fuesen más que mitades de seres humanos, como si ambos no debieran ser personas completas! Según el conjunto de su naturaleza, el hombre es más propio para vivir retraído y rechazar al mundo lejos de sí. En cambio, la condición de la mujer es más propia para inclinarse hacia las cosas exteriores; tiene mayor necesidad de un apoyo situado fuera de sí; y le es casi natural vivir para los demás. Ambos extremos son ex-

clusivas disposiciones naturales que necesitan ser niveladas. Sin duda se dice que ésta es la razón por la cual el hombre y la mujer están subordinados el uno al otro, á fin de completarse mutuamente; pero preguntamos, ¿es que un hombre completo ha resultado alguna vez de la yuxtaposición de dos mitades de hombres, viviendo la una al lado de la otra? Para poder pasar juntos una vida entera, es preciso que los dos sean seres humanos enteros. Por consiguiente, cada uno debe llegar á ser completo en sí mismo.

No es ninguna cosa extraordinaria lo que puede hacernos completos. En cuanto al hombre, le es más fácil formarse un carácter; pero para esto le es preciso, si debe llegar á ser algo completo, prodigar mayores cuidados á lo que exige más dificultad y está más lejos de él, á saber, la formación del «Gemüth». La mujer tiene menos trabajo en vivir con el corazón, «Gemüthsleben», pero en cambio le es tanto más necesario, para el cultivo de la vida interior, merecer la alabanza con la cual la Sagrada Escritura exalta á la mujer, es decir, la fuerza de carácter. Sin «Gemüth», el hombre llega á ser duro é insoportable; sin vida interna, sin carácter, la mujer queda sin apoyo. Si queremos llegar á ser algo completo, debemos todos proponernos la doble empresa de formar aquello á que nuestras disposiciones nos inclinan particularmente, y rellenar las lagunas que encontramos en nuestra naturaleza.

7. Fuera del Cristianismo no hay camino que conduzca al *Gemüth*.—Ya hemos hecho notar ⁽¹⁾ que se suele llamar al Cristianismo la religión del corazón, «Gemüth». Le conceden de propósito este elogio, á fin de tener mayor autoridad para oscurecer sus otros lados luminosos. Le llaman religión del corazón, «Gemüth», para oponerle una nueva civilización más elevada, la supuesta época de la inteligencia. No tenemos necesidad de responder á esto, puesto que ya lo hemos hecho. Estamos acordes sobre este punto, á saber, que, antes de Jesucristo, el corazón, «Gemüth», era casi desconocido en la tierra. Es fácil pronunciar y escu-

(1) Tom. VI, Conf. XV, 2.

char los panegíricos ordinarios acerca de la humanidad, la civilización, el arte de los griegos. Mas ¡cuán difícil sería á cada uno de nosotros, que hemos conocido cosas incomparablemente mejores, el tener que pasar solamente algún tiempo en su compañía y llevar exteriormente una vida llena de distinción, la cual interiormente no es más que una vida sin corazón, sin «Gemüth»!

Es un cuadro horroroso el que un gran espíritu, observador de los más perspicaces, hace de esos paganos, no obstante estar bien dispuesto en favor de los mismos, á consecuencia de una predilección verdaderamente apasionada por ellos. «Estaban saturados de toda especie de iniquidades,—dice—de malicia, de lujuria, de avaricia, de maldades; saturados de envidia, de pensamientos homicidas, de acometividad, de astucia, de malignidad; eran chismosos, calumniadores, aborrecedores de Dios, arrogantes, altaneros, fanfarrones, ingeniosos para lo malo, rebeldes á sus padres, insensatos, traidores, implacables, sin amor ni piedad». ⁽¹⁾ Este es un retrato tomado al vivo, y la historia lo confirma. ⁽²⁾

¿Cómo podría ser de otro modo, puesto que, en aquella época tan desgraciada, faltó la primera base sobre la cual el corazón, «Gemüth», hubiera podido desplegarse con todo su esplendor y brillo? ¿A cuántos antiguos filósofos se le ocurrió la idea de considerarse como una parte de la humanidad, cuyos miembros son iguales entre sí? Sin duda, en los últimos tiempos del Paganismo expirante, tomaron varias veces este principio—prueba evidente de que ellos mismos consideraban ya su causa como perdida, y buscaban algo mejor,—de las nuevas esferas de ideas que la Revelación acababa de extender por todo el mundo. ⁽³⁾ Pero aun así, les era imposible comprender la vida del corazón, «Gemüth», pues, para esto, hace falta la convicción de que lo que damos y sacrificamos de lo nuestro á la totalidad, no es la acción generosa de nuestro beneplácito libre

(1) Rom., I, 29-31.

(2) Séneca, *Ep.* 47, 95.—(3) V. tom. V, II, 12.

y personal, sino el cumplimiento de una obligación propiamente dicha. Aquel que no admite el principio: «Soy deudor de todos», ⁽¹⁾ ¿cómo podrá vivir la vida del corazón, «Gemüthsleben?»

Mas nadie admitirá este principio, si no admite que, por causa de Dios, está obligado á servir á todos, porque Dios le ha dado lo que le pertenece, á fin de favorecer por este medio el bien común. Y suponiendo que lo admita, ¿de qué le servirá, si las circunstancias no le proveen de terreno á propósito para cultivar esta vida? Ahora bien, decidme, ¿dónde había en el Paganismo un lugar en el cual ésta hubiera podido desarrollarse, un lugar en el cual la vida no apareciese como un desierto, á nosotros cristianos actuales, y á los mismos que quieren aceptar solamente las ventajas de nuestra Revelación, sin sus obligaciones, es decir, sin el «Gemüth?» Si no existía la vida de familia, si la amistad reposaba solamente sobre la sensualidad ó el egoísmo, si la caridad compasiva y afectiva era desconocida, si, pues, los tres fundamentos principales sobre los cuales se asienta la vida afectiva, «Gemüthsleben», faltaban; ¿cómo hubiera podido desarrollarse en aquella época?

No negamos que haya en el Antiguo Testamento rasgos magníficos de afecto, «Gemüth». Esa vida de familia tan amable, y ese amor abnegado, que leemos en los libros de Ruth y Tobías, la descripción de la tierna amistad que unía á David y Jonatás, conmueven los corazones. Mas aquí estamos en presencia del pueblo de la Revelación, y la diferencia que, bajo este aspecto, existe entre los judíos y sus vecinos, nos muestra precisamente de la manera más sorprendente que la flor de la vida afectiva, «Gemüthsleben», no prospera sino en la tierra que la gracia sobrenatural ha cultivado y hecho fértil. ⁽²⁾

Sin embargo, los más bellos espectáculos de este género que el Antiguo Testamento pone ante nuestra vista, no son sino la aurora que anuncia un espléndido día. El secreto del «Gemüth» no se ha manifestado en todo su esplen-

(1) Rom., I, 14.—(2) V. tom. I, IX, 24.

dor á los ojos del mundo, sino desde que la gracia de Dios apareció bajo una forma viviente y visible sobre la tierra. Cada rasgo de nuestro Maestro y Señor, es el destello de una profunda afección, «Gemüthstiefe», incomparable. Así se explica fácilmente cómo los tiempos y los hombres sin afecto, «Gemüth», se sienten tan alejados de Él, que casi creen que no existe para ellos ni ellos para Él. ¡Qué vida más sencilla y, sin embargo, tan maravillosa la del Hijo de Dios sobre la tierra, esa vida tan llena de sacrificios, tan transfigurada por la paz, tan tranquila, tan activa, tan distinta de nuestras agitaciones, y, sin embargo, tan amable!

8. Cristo modelo de la vida del *Gemüth*.—Durante treinta años, de los treinta y tres que le fueron asignados, en una época en que el mundo no conocía ya nada de la familia, comparte con los suyos el trabajo, la miseria, los cuidados de un pobre hogar. En medio de las ocupaciones de una vida pública de las más activas, y que no puede caracterizarse sino por estas palabras: «Pasó haciendo bien,»⁽¹⁾ la caridad le ofrece todavía ocasiones para colmar de testimonios de la más conmovedora amistad á la familia amada de Bethania. Aun la misma noche de su Pasión, cuando su corazón se estremecía ante los sufrimientos que le esperaban, y desbordaba de dolor y emoción, permite al discípulo amado reposar su cabeza sobre su pecho. Mientras habitó entre los hombres, jamás un corazón oprimido le dirigió un suspiro, jamás un alma afligida le envió una súplica muda, sin recibir de Él una mirada de ternura ó una palabra de energía y consuelo. Así como una gallina protege y calienta á sus pequeñuelos bajo sus alas, del mismo modo se sacrificó Él por los suyos, que no le reconocían. Las silenciosas lágrimas derramadas sobre la tumba de su amigo, las lamentaciones y ardiente lloro vertido sobre la ciudad sacrílega, nos demuestran que compartió las desgracias de sus enemigos en una medida quizá más grande que la miseria de sus más íntimos amigos. Y cuando, en su

(1) Act. Ap., X, 38.

última hora, se estremecía con los sufrimientos de la muerte; cuando la vergüenza y la hiel llenaban su alma y su boca divina, pensaba aún de tal manera en los otros, en sus verdugos, en el buen ladrón, en los blasfemadores que le rodeaban, en su Madre y en el amigo que estaba de pie junto á su cruz, en el mundo entero lleno de pecados, abrumado bajo el peso de sus culpas, que apenas encontraba tiempo para pensar en sus propios sufrimientos.

Esta es ciertamente una de las causas por las cuales el género humano se ha entregado á Él con tanta presteza y facilidad. Decimos el género humano. Los desgraciados que no han aprendido jamás á conocer que tienen necesidad de la gracia, los pobres que se creen bastante ricos por sí mismos, para poder prescindir de Él, sin duda no le conocen. Pero están bien lejos de ser considerados como los verdaderos representantes de la humanidad. El pequeño número de almas puras é inocentes y la masa inmensa de los que sufren, ved aquí los que forman la verdadera humanidad. Ésta no ha encontrado jamás dificultad en reconocerle como su Maestro y Salvador. Al contrario, se sintió atraída hacia Él, y le siguió sobre las aguas del lago de Tiberiades, y hasta el desierto. En todas partes donde se dejaba ver, los atribulados se agolpaban á su alrededor, en masas tan compactas, que apenas podía proseguir su camino. Ellos formaron su honorífico cortejo y lo forman aún en el día de hoy; son su gloria, y son para Él un testimonio que ninguna negación hará desaparecer. Y cuando éstos se retiraban de noche, glorificando á Dios por haber encontrado un corazón compasivo, otros, que seguramente, más que la inteligencia exclusivista de todos los filósofos, sienten en su puro corazón dónde se encuentran la verdad, el socorro y el consuelo, es decir, los niños, se acercaban familiarmente á Él. Su corazón se lanzaba hacia Él con un poder irresistible. Cuando podían reposar sobre su pecho, les parecía acercarse á un corazón semejante al suyo. Y así era. Los niños presienten esta verdad, á saber, que toda alma pura es pariente de la suya.

En medio de un mundo envejecido y gastado, Él se mantenía en una eterna juventud. Tan anciano según su divinidad, que Él mismo, en su sabiduría, no podía decir su edad ni cuánto había de vivir aún, ⁽¹⁾ era, sin embargo, tan niño como cualquiera de ellos, y, aun en la edad madura, conservaba sus rasgos juveniles, que es la señal más cierta de que la virtud ha permanecido intacta. Este hombre no podía envejecer, y el corazón del niño le era adecuado. Aun cuando hubiera vivido mil años, ⁽²⁾ hubiera continuado siempre como cuando estaba en el pesebre, niño anciano, hombre joven, ⁽³⁾ viejo Dios. ⁽⁴⁾ Por eso el niño se inclinaba hacia Él como hacia su semejante.

Cerca de Él, los que estaban encorvados por el peso de la edad y de los sufrimientos encontraban un reconfortante. En Él, aquel que se entregaba á rudos combates por la pureza y la santidad, encontraba nuevo vigor para otras luchas más serias; el que acababa de sucumbir, encontraba valor y fuerza para emprender de nuevo la lucha por la existencia. Cualquiera que estuviese en contacto con Él, sentía pasar algo así como un soplo de primavera por su corazón; los muertos resucitaban á una nueva vida; todos estaban como rejuvenecidos.

9. Los sentimientos del niño en el cristiano.—
De igual modo que siempre había empezado por obrar an-

(1) Konrat von Fussesbrun, *Kindheit Jesu* (Hahn, *G. des 12 und 13 Jahrh.*, 102, 39 sp.). Heinzelin von Konstanz se dirige igualmente á Dios en estos términos: Tú, el viejo joven (Hagen, *Minnes.*, III, 413, 70, Wackernagel, *Kirchenlied*, II, 191, n.º 319, 70.). Konrad von Würzburg dice: Jungherr weiss et Alherr jung (Leich 1, 3, Hagen, *Minnes.*, II, 310 y sig., 34, 2, *ibid.*, II, 330 Wackernagel, II, 135 sp., n.º 235, 3; n.º 292.). Reinmar von Zweter (Hagen, *Minnesing.*, II, 216). Des Knaben Wunderhorn, (2) I, 80.

(2) Esto se aplica únicamente á la juventud del corazón y del espíritu. Según el cuerpo, sin una muerte violenta, Cristo hubiera tenido una vejez y una muerte como los otros hombres, no porque fuese necesario, sino porque quería en todo ser semejante á nosotros. Augustin., *Peccat. merit. et rem.*, 2, 29, 48. Thomas, 3, q. 14, a. 2, 3, d. 16; q. 1, a. 2, 3. Bonaventura, 3; d. 16, a. 1, q. 3, Suárez, *De Incarnat.*, 32, s. 3, 3. Anton. a Vicetia, *In Breviloq. S. Bonav.*, 4, 8, n. 8, Salmantic., *De Incarn.*, d. 24, n. 10. Joan a S. Thoma, *Incarn.*, q. 14, a. 4.

(3) Heinrich v. Meissen (*Frauenlob*), *Unser frouwen Leich*, 7, 5.

(4) Walther von der Vogelweide, 88, 9 (Pfeiffer).

tes de enseñar, así su palabra respondía también á sus ejemplos. «En verdad,—decía—si no os convertís y no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.» ⁽¹⁾ Quizá es éste uno de los preceptos más difíciles; tan difícil de comprender por la inteligencia, tan difícil de practicar por el corazón, que ningún otro doctor, sino Dios, podía imponerlo. Y, sin embargo, este precepto responde de una manera tan exacta á nuestras necesidades, que no podía ocurrírsele á ningún otro, sino á un Dios, la idea de dárnoslo. Pero ¿qué quiere decir hacerse niños? No es desde el punto de vista de la inteligencia como debemos ser niños; ⁽²⁾ no debemos ser como los pequeños que se divierten con monadas; ⁽³⁾ no es tampoco desde el punto de vista de la voluntad como debemos asemejarnos al débil niño, de quien no puede esperarse mucho esfuerzo; en este caso, sería más bien un honor y una obligación llegar á ser hombre, ⁽⁴⁾ y hasta un anciano, que no experimenta placer sino en cosas serias, y de quien pueden esperarse sacrificios y esfuerzos. Pero lo que nuestra inteligencia y nuestra voluntad deben conservar de la infancia es la capacidad de ser formados, ⁽⁵⁾ la convicción de que estamos lejos aún de la perfección, la inclinación eternamente joven hacia lo mejor y lo más perfecto. ⁽⁶⁾ En esto consiste la infancia honrosa y el verdadero sentimiento de la infancia cristiana.

Mas lo que no debe jamás envejecer; lo que debe permanecer eternamente joven y niño, es el corazón del hombre. Cuando el Evangelio nos exige tener sentimientos de niños, impone una triple obligación al corazón, una triple empresa, que resumimos en una sola palabra: «Gemüth.» Ante todo, estar alerta sobre cuanto es noble y hermoso, aun cuando esto nos ponga en el último lugar á nosotros

(1) Matth., XVIII, 3.

(2) I Cor., XIV, 20.

(3) Thom., *In psalm.*, 36, 25.

(4) I Cor., XIII, 11.

(5) Isidor. Pelus., *Ep.* 1, 440.

(6) *Phil.*, III, 13.